



AMÉRICA CUENTA SUS MITOS

FLOR ROMERO





AMÉRICA CUENTA SUS MITOS

HISTORIAS, FÁBULAS Y LEYENDAS
ANCESTRALES DEL CONTINENTE

FLOR ROMERO

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

© 2009, Flor Romero

© 2014, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4012-5

ISBN 10: 958-42-4012-9

Primera impresión: junio de 2014

Impreso por:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

FLOR ROMERO (biografía)

Nació en La Paz de Calamoima (Guaduas, Colombia). Obtuvo la licenciatura en comunicación en la Universidad Javeriana de Bogotá. Estudió ciencias políticas en la Universidad de La Sorbona, París. Fundadora de la Unión de Escritores de América (Uneda), de la cual es presidenta. Ha publicado 43 libros entre novelas, biografías, ensayos y cuentos. Siete obras suyas han sido traducidas al francés, entre ellas *Triquitraques del trópico* (*Crépitant tropique*), incluida en la colección *Obras Representativas de la Unesco*. Finalista en varias ocasiones del Premio Planeta Internacional de Novela. Con Editorial Planeta ha publicado *América cuentas sus mitos*, *El amor es un mito* y la trilogía autobiográfica *Detrás del antifaz*, *El hechizo del destino* y *París, la bienamada*.

ÍNDICE

Prólogo	11
Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia	19
El despertar del mundo.....	21
Bachué.....	24
Bochica.....	26
Tomagata, el Cruel	31
El loco amor de Guatavita.....	34
Goranchacha, el cacique esmeraldino.....	40
La hormiguita-mata	43
La ruta de Eldorado.....	47
Huitaca.....	52
El motilón y el gallinazo.....	57
El hombre jaguar	61
Makunaima.....	64
Pachacútec, el rey Sol	68
Historias de Manoa o el imperio de Eldorado	81

Esmeralda, la reina de los muzos.....	88
Machu-Picchu y el alba del incario.....	95
Los últimos resplandores del Templo del Sol	103
Calarcá, el terror de las batallas	109
La estrella de las aguas amazonas.....	114
La serpiente cantora de Monguí	119
El Mohán enamorado.....	124
El gran festín del cóndor de los Andes.....	131
Los guardianes del universo	137
El gran festival de las plantas brujas	144
Viracocha	151
La leyenda de Yurupary.....	152
Fura-Tena.....	154
La Madremonte protectora	162
El tesoro del Zipa	166
La Patasola y sus saltos de chorola	172
El hombre caimán.....	175
¡Ay, mi Llorona!	179
La cacica Gaitana y sus venganzas.....	183
Los nukak-makú	188
El Hojarasquín del Monte	194
La hormiguita escritora.....	199
Estados Unidos y Canadá	211
Los atrapapesadillas	213
Hubo una reina de la paz	215
Cantos ojibwee	219
Pocahontas, la cautiva	221

Centroamérica y México	225
Así amaneció en Siboney	227
Quetzalcóatl, el de la barba de ardilla	233
La serpiente del cielo de Palenque.....	245
Jugando a la pelota en Chichén-Itzá	254
En el ombligo de la Luna	268
Una cierta nostalgia de tus montañas, Tepoztlán.....	273
 Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay..	279
La era de la eterna mirada	281
Caá o la yerba mate.....	283
Llovía y llovía en Araucanía.....	286
Aventuras del zorro y el tigre en la Patagonia	288
Cosmogonía brasilera.....	291

PRÓLOGO

El mito se incrusta en la historia de los pueblos. Los mitos, contra la creencia popular, son entes inasibles, casi fantasmales, que deambulan en un limbo fuera del alcance de la mano del hombre. Los mitos son nuestros invitados permanentes. Aunque a veces creo que su sombra ronda, pero ni siquiera llegan a tomar forma. Son sólidos, no trasiegan como entes etéreos, caminan entre nosotros, guían nuestras decisiones y actitudes cotidianas; son espíritu y materia. Como diría Lévi-Strauss, “se comunican entre ellos por medio de los hombres sin que lo sepamos”.

Desde niña, en la aldea perdida en las faldas de la cordillera Central —mirando el río Magdalena—, La Paz de Calamoima, pensaba que los mitos son nuestros compañeros y nuestros mentores. Por eso me entusiasmé con las leyendas, los ritos y los mitos de nuestros antepasados, que me contaba en las noches del pan mamá señora Isabel. Luego, cuando llegué a los bancos de la escuela pública, mi maestra Lucila Gómez complementó el acervo de historias míticas de calamoimas, panches, pijaos, muiscas, gualíes, hondamas, caribes y otras tribus. Me parecía que ese mundo de los ancestros era tan maravilloso, tan fantástico, tan

mágico, hecho para soñar a tal punto que la curiosidad por desentrañar la vida precolombina dio vuelo a mi desbordada imaginación.

Por eso empecé a escribir cuentos míticos americanos, con magia tropical, música de alas de libélulas, mariposas y colibríes, luces de cocuyos y luciérnagas de nuestra tierra, en la “Página de los niños” de *El Espectador*, cuando a los dieciséis años de edad me dieron la responsabilidad de dirigirla, y resolví restringir los relatos de autores nórdicos famosos que contaban historias con geografía, ambiente, lluvia de nieve, psicología, costumbres, fauna y flora que los niños colombianos no conocían.

Estos relatos anónimos están plasmados en aquellas páginas que dirigí durante cuatro años. *El Tiempo* publicó en 1957 mi primer cuento mítico “Llanto verde”, sobre la cosmogonía de los muzos y el nacimiento mítico de las esmeraldas colombianas, con el dios Borbur instalado en los cerros de Fura y Tena.

Más tarde, el Círculo de Lectores de Colombia publicó *La ruta de Eldorado*, mi primer libro de cuentos míticos con un texto del escritor paraguayo Augusto Roa Bastos, en el cual decía:

“Tus cuentos, Flor, amiga, señora, me llevaron de la mano a la forma de leer escribiendo, que es la confesión más flagrante del interés a la manera más natural de leer en espejo y por fábula [...] sacados de su elemento primigenio, el mundo en estado naciente de la oralidad, los mitos, cuya virtud primordial es la de no envejecer, nos muestran su cara fósil. La tinta los diseca sobre el papel. La palabra escrita los encierra jorobados y opacos en las

mazmorras de los libros. Pero aun así, con joroba de ceniza y silencio, despojados de su lenguaje secreto, algo nos dicen esos mitos, algo nos quieren decir...”. Luego afirmaba: “En la frescura, en la transparencia del rocío de la palabra fueron concebidos estos cuentos”.

La voz autorizada de Augusto Roa Bastos me animó para seguir escribiendo cuentos míticos. Posteriormente, el editor español César Olmos, publicó en Madrid un precioso álbum de cuentos míticos con el título de *Los tiempos del deslumbramiento*, ilustrado por él, libro ya agotado, que es una joya, con prólogo del poeta español José García Nieto, de la Real Academia Española en el cual dice:

“Es como asomarse a algo vecinal y perdido. O a algo ganado que se ha hundido en el mejor de nuestros sueños, en la primera mañana del mundo. Esto es para nosotros el sonido de América, la música y el sopor de su lengua. Flor Romero es dulce y tremenda como un dios. Y nos trae en estas prosas —iba a escribir ‘en estos versos’— la palabra primera de aquella mañana del mundo, que parecía sonar por vez primera también en los oídos de aquellos ‘hombres con seis patas —aquellos hombres éramos nosotros—, corriendo a velocidades impresionantes, para partirse luego en dos, y caminar cada uno aparte sin que les doliera la quebradura’. A esa ventana, que parece que da a nuestro ámbito, nos asoma esta mujer de Colombia, que se sabe nacida donde mejor se articula, se pronuncia, se ordena y se aroma el castellano.

”Y puede parecer que oímos a Fernández de Oviedo o a César Vallejo. O a Flor Romero, que no inventan nada —parece que no inventan— y están recogiendo sustancia y

misterio americanos, que están arrancando a dentelladas, de la roca poderosa del lenguaje —del fuego de los dioses— esos vocablos que se nos aparecen de pronto como cristalizaciones que madrugan al conjuro del amanecer.

”Pero en Flor Romero hay algo más. Y de esto ya es dueña absoluta: el orden y concierto de estas piedras duras con voz de los coleccionistas de minerales —que ella somete a sintaxis deslumbradora—, sumida como está en la ‘palabra en el tiempo’ que dijo Antonio Machado, y ese tiempo es el del deslumbramiento. Y la autora nos conduce por estos relatos —también iba a escribir ahora ‘por estos poemas’— con un gran sentido de lo que es el binomio Magia-Realidad, y todo acontece en estas páginas con esa potencia del verbo creador, ceñido a leyenda y tradición, que han sido las principales fuerzas que han llevado a los escritores iberoamericanos a su orto de aceptación porque en ese descubrimiento de las raíces está su éxito y su vigencia.

”Flor Romero ha alborotado los espíritus y también ha removido el lenguaje. Agradecemosle la mano que escribe, esa mano privilegiada que sabe acariciar hombres y bestias y recordarlos y enaltecerlos con la magia realísima, subyugante de la palabra”.

Los mitos son entonces reflejos involuntarios de nuestra conciencia, de nuestro pensamiento profundo. Están allí en ese estado hasta que se les captura, se les aprisiona y se les desnuda en la palabra o en la imagen. Se transforman entonces en retratos que nos sorprenden y nos plasman en posiciones y actitudes que quizá nunca imaginamos en nosotros mismos.

Los mitos se construyen en la memoria individual, pero también en la colectiva. Absorbemos, nos nutrimos, respiramos de ellos; por ellos se nos transmiten modos, atavismos, comportamientos, reacciones que son sólo explicable en esos mitos que con frecuencia permanecen silenciosos, anónimos. Jean Cocteau decía: “los mitos consisten en mentiras que al final se vuelven verdades”.

Hay mitos modernos, urbanos, occidentales, orientales, los más conocidos y citados, los griegos. Pero también tenemos mitos precolombinos, poco conocidos. Desde hace 50 años estoy en la brega de rescatarlos y “literaturizarlos”, para volverlos relatos, cuentos, fábulas. Así es como se han publicado ya cerca de 23 libros de cuentos míticos continentales de mi autoría, entre los cuales figuran: *El ombligo de la luna y otros cuentos míticos mexicanos*, *El día que condoreza extravió su plumaje*, *Así amaneció en Siboney y otros cuentos del Caribe*, *La cueva de los 8 encantamientos*, *El mohán enamorado*, *La laguna encantada de Iguaque*, hasta comenzar la serie de *Dos mil tres lunas*, que he bautizado *Mitoteca americana*, en la cual aparecen 13 volúmenes con 187 cuentos míticos de América publicados en Colombia, España, Francia, México y Cuba.

La selección de historias del acervo de cuentos míticos americanos que he trabajado con tesón y amor se incluye en este libro *América cuenta sus mitos*, que Editorial Planeta publica hoy.

Estos relatos míticos son el fruto de mis investigaciones en el Archivo de Indias de Sevilla, la Biblioteca Nacional de París, la Biblioteca Laurenciana de Italia, la Biblioteca Nacional de Bogotá, la Biblioteca Luis Ángel Arango, los

archivos de Ciudad de México, el Museo Antropológico de México, la biblioteca de Casa de Las Américas (en La Habana); las visitas a los sitios históricos de Colombia, Argentina, Brasil, México, Perú, Venezuela, Panamá, Cuba, el Caribe, Estados Unidos de Norteamérica y Chile. Así mismo, de los relatos de mi abuela Isabel y de la maestra Lucila; de los especialistas colombianos, mexicanos y europeos; de los antropólogos, etnólogos y sociólogos, que han visitado nuestras tribus; de los diálogos con Claude Lévi-Strauss, François Bourge, Fernando Urbina, Gerardo Reichel-Dolmatoff, Jaime Gutiérrez Lega, Andrés Henestrosa y Virginia Gutiérrez de Pineda; con los gobernadores, los chamanes y caciques de resguardos, los platicadores, don Antonio Guzmán (Mirú), los mamas, los sairas y los brujos; con las mujeres y los niños de diferentes etnias. Ha sido un trabajo de campo y de biblioteca.

En desarrollo de este vasto y alucinante trabajo literario que comporta investigación, creación, estilo, forma, rito y bordado, he logrado armar este compendio de cuentos que hoy, queridos lectores, tendrán la oportunidad de leer y saborear. Sabemos que los mitos relatan no sólo el origen del mundo, de los animales, de las plantas y del hombre, sino también los acontecimientos primordiales, después de que el hombre se ha convertido en lo que es hoy, es decir, en un ser mortal, sexual, organizado en una sociedad, obligado a trabajar para vivir y vivir según ciertas reglas. Los mitos revelan que el mundo, el hombre y la vida tienen un origen, una historia sobrenatural y que esa historia es significativa, preciosa, ejemplar. Los mitos son la puerta de entrada dentro de nuestra mente a un mundo que está escondido dentro de nosotros.

Son la forma metafórica de dar la visión del mundo y la percepción de la vida y no una biografía del personaje imaginario dentro del cual hay dioses, héroes, descendientes de los dioses, cosmogonías, epopeyas, percances, triunfos, derrotas, mimetizaciones, transformaciones de hombres en animales, árboles, piedras, montañas, lagunas, fantasmas, con sobresaltos y aventuras.

Descubrí que el mito americano cuenta una historia sagrada, relata un acontecimiento que tuvo lugar en el tiempo primigenio, el tiempo fabuloso de los comienzos. En otras palabras, cuenta cómo gracias a las exposiciones de los seres sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia, que es la realidad total, el cosmos o solamente un fragmento, una isla, una flor carnívora, un bejuco del alma, una hierba del olvido, una hoja de las alucinaciones, un comportamiento humano, una institución, un pájaro parlanchín, una rana saltarina, un jaguar avispado, el arco iris, la explosión inesperada de un volcán, el paso de un cometa. Es entonces siempre el relato de una creación. Un pueblo despojado de esta especie de documentos está considerado como un pueblo sin historia.

Ha sido una tarea difícil recopilar, arrancar los mitos de sus fuentes. La Conquista y la Colonia aplastaron buena parte de ese pasado mitológico. Pero como estaban bien incrustados en el inconsciente colectivo, he podido rescatar buen número de ellos. Este libro es una antología mítica americana, herencia que pienso dejar a mi continente, pues nuestro rico patrimonio precolombino permanece aún casi inédito. Somos un continente exuberante en historias míticas que continúan ocultas para el gran público

y es necesario que sean conocidas, amadas y difundidas para estar orgullosos de nuestro pasado.

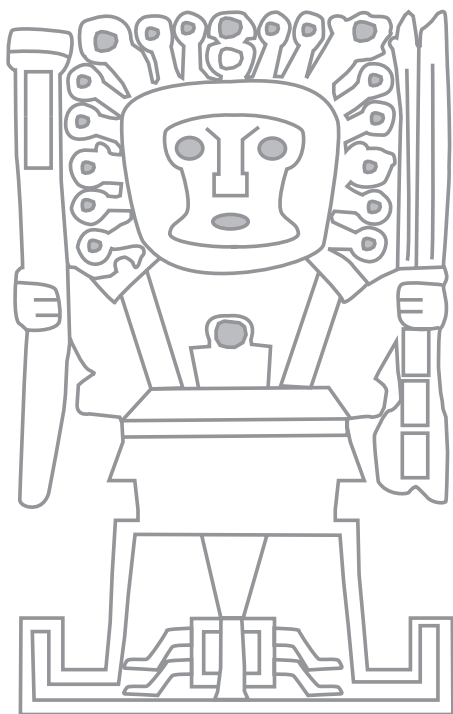
Es el compendio de nuestra olvidada historia que se pierde en la noche de los tiempos, de aquellas leyendas que han transmitido los ancianos a la hora del crepúsculo. Esta selección se creó con el objeto de afirmar la identidad y apoyar el diálogo pluricultural. Nuestro fantástico mundo mítico ancestral es tan válido y alucinante como el griego, el asirio, el fenicio, el sumerio, el persa, el mesopotámico, el vikingo, el romano, el egipcio, el semita, el africano, el chino, el hindú, el japonés y otros.

Cuando aprendamos a amar y a contar nuestras fantásticas historias, estaremos más orgullosos de ser americanos, rescataremos nuestra refundida identidad y tendremos una base para analizar este difícil y tumultuoso presente. Como escritora de ficción, me propuse darle vida y volver apasionante un área reservada a la pluma sabia pero con frecuencia fría y árida de los especialistas. Estábamos en mora de hacer esta recreación de la historia en ficción.

Ha sido una faena difícil volver accesible al gran público el material mítico americano. Me llenó de felicidad trabajar la rebelde carne de los mitos, que una vez liberados del frío científico, toman la forma de una ficción deliciosa, mágica y alucinante, al alcance de los lectores.

Bogotá, diciembre de 2007

COLOMBIA, VENEZUELA, ECUADOR, PERÚ Y BOLIVIA



Viracocha, llamado el dios de las varas, es el más destacado de los dioses de la mitología andina.

EL DESPERTAR DEL MUNDO

Todo era oscuro, nada más que tinieblas. La Tierra estaba toldada por un velo negro. Solamente vagaban como murciélagos, orientados por extraño radar, dos seres humanos, el cacique Ramiriquí y su sobrina, la cacica Iraca.

En ese abandono de colores, de luz, de gente, los dos vagabundos del desierto de las sombras tuvieron la idea luminosa de crear la luz y la compañía. Fue la cacica Iraca quien tomó la iniciativa de convencer a su tío, el cacique Ramiriquí, de que trepara lo más alto que pudiera para ver si desde cualquier cumbre se lograba divisar un rayón luminoso y traerlo. Así, si se pudiera abrir un rotico a la noche, se llenaría de huequitos de día.

Y el tío obedeció. Subió tan alto, tan alto, tan alto, que se estrelló contra el infinito y se convirtió en el sol radiante, que despejó las sombras y permitió ahí mismo la recreación en el mundo, recién abierto a la luz.

Se despertaron los árboles, los animales se desperezaron, las flores alzaron los pétalos y danzaron; todo se avivó y los días se tibiaron. La cacica Iraca, borracha de alegría,

trasegó por el mundo arrastrando su bastón de guayacán, en el cual se apoyaba para saltar vallados.

Pero pronto la soledad comenzó a roerla. La invadía la tristeza desde la madrugada, cuando se levantaba a mirar a Ramiriquí aparecer detrás de la colina, mientras en el horizonte se desparramaban arboles rojizos, amarillentos y anaranjados.

—No puede ser que tengamos luz solamente durante el día y que las noches sigan siendo negras —pensó, recostando su cabeza en una piedra a orillas de la laguna, mientras el bastón la miraba de soslayo.

Decidió entonces subir hasta el cielo para pedirle a Ramiriquí que pusiera la luz también de noche.

Tomó el mismo camino de su tío. Trepó tan alto, tan alto, tan alto, sin descanso, a veces a tientas, mientras tropezaba con todo, hasta que *¡taz!* Se estrelló con el firmamento y quedó ahí mismo incrustada, en la noche, como la luna.

Al día siguiente, cuando Ramiriquí llegó cansado de hacer su recorrido, a eso de las seis, le preguntó a la piedra:

—¿Dónde está Iraca?

—Mírela —le indicó el piedrón, pálido del susto, mientras señalaba el firmamento—. Ella trepó como pudo, pues iba en su búsqueda. Está retratada allá abajo en la laguna; puede verla.

La piedra, con la energía de los rayos del sol, comenzó a dar volteretas. Rodó y rodó hasta que se talló en forma de hombre.

El bastón que había quedado tirado a orilla de las aguas se empinó y tomó cuerpo de mujer.

Ramiriquí se propuso alcanzar a Iraca y la persiguió durante muchas edades, pero siempre veía que al llegar a la laguna la vislumbraba en el fondo, pero ya no había tiempo para atraparla. Tenía que partir irremediablemente. Y ella, por su parte, confirmó lo mismo, que tan pronto lo veía aparecer, se ocultaba.

Así fueron condenados por toda la eternidad a perseguirse sin poder alcanzarse nunca. Los adoradores del cacique Ramiriquí, que en adelante sería llamado en chibcha *Xué, Súa* (Sol) se dedicaron a rendirle homenaje mes tras mes. Tomaron preponderancia, pues se les consideraba hijos del Sol, la raza escogida, los privilegiados, que darían ejemplo y que dirigirían los destinos de los pueblos. La fe en el poder del astro rey llegó a ser tan ardorosa que los chibchas fueron considerados el pueblo amado.

Los *zipas*, adoradores de la bella Iraca —a quien en adelante llamarían *Chía* (Luna)—, la consideraban más influyente que el mismo *Súa*. Llegaron a inmolarle aves con la esperanza de agradarla. Iban a la laguna sagrada de Guatavita a mirarla reflejada en las aguas temblorosas. Las doncellas se arrodillaban y oraban con las cabelleras tendidas sobre el suelo, implorándole favores de salud, rendimiento de las cosechas, precipitación de las lluvias y hasta el milagro de encajar la mente.

Ellos creían que las heridas sanaban más pronto en cuarto menguante. No sembraban cuando la luna estaba creciendo, porque afirmaban que todo se iba en vicio, o sea en follaje, sin dar mayor cosecha. Sólo cortaban la guadua en días especiales, cuando los canutillos estaban secos, porque ya lo habían comprobado: durante la creciente, el tallo estaba lleno de agua.

Las mujeres sólo cortaban los cabellos en menguante para que el pelo fuera más sano y abundante. Contaban los partos según las veces que se llenara la luna, o sea, al cabo de las nueve redondeces de Chía, a partir del día en que las parejas se amaran.

Las adolescentes aprendían que el organismo registraba mutaciones, cada 28 días como la misma luna, que durante el período igual de tiempo, completaba su ciclo de luna nueva, pasando por la creciente, llena y menguante.

Súa y Chía sólo quedaron unidos en su eterno desencuentro, en el dominio de Chiminigagua, la deidad suprema, que era el espíritu soberano de todas las cosas. La fuerza oculta que lo invadía todo.

Chiminigagua era más poderoso que cualquier astro por rey que fuera. En un momento dado podría ordenar que se desordenara el orden de este mundo y de los otros. Un dios con poderes ilimitados, que nadie vio, pero que todos presintieron.

Bogotá, mayo de 1976

BACHUÉ

Bachué, la madre muisca salió de la Iguaque, la laguna sagrada, una madrugada, llevando a un niño en los